

incluido, claro está, la figura del escritor peruano que más se leía en ese momento, que era Ribeyro. En ese póster Julio Ramón aparecía mirando a la lontananza y como yo sabía que él vivía en París sentía que su mirada me estaba señalando el camino para que fuera a su encuentro. Sin embargo cuando arribé a París años más tarde no hice nada por buscarlo, aunque lo admiraba profundamente, porque detesto molestar a las personas, y fue él quien al cabo del tiempo hizo posible el encuentro al presentarse, para mi sorpresa, una noche de 1967 en mi casa, donde una o dos veces al mes organizábamos con un grupo de escritores jóvenes una sección de lectura de nuestros propios textos, tú me lees yo te leo, que no sé por qué la llamábamos a la colombiana. Esa noche me correspondía a mí leer mis cuentos y uno de los compañeros que era amigo de Ribeyro me dio la sorpresa de presentarse con él en casa. De esta manera nació esa gran amistad que se hizo profunda desde ese mismo día, pues Ribeyro permaneció en mi casa durante tres días hablando de literatura, del Perú, de París y de la vida, y eso que había llegado a mi casa como uno más de los personajes de sus cuentos, con el objeto de pedirme prestada una cámara fotográfica, porque iba a nacer su hijo, el único hijo que tuvo, y quería fotografiarlo, y alguno de mis amigos, nunca sabré cuál, le había dicho que yo era un amante de la fotografía, cuando la verdad es que nunca he tenido una cámara fotográfica.

Ribeyro era muy soñador y quizás por eso su vida se confundía a veces con las ficciones de sus cuentos. Recuerdo por ejemplo cuando la Casa de América organizó una semana dedicada a su obra en Madrid en 1994. El día final hubo una sección de lecturas en la que yo era el presentador y Ribeyro debía leer un texto inédito ante el público. Pues bien, en el momento de dar inicio al acto veo que entra por la puerta un personaje acompañado de dos enfermeras, con una catadura de loco impresionante, y se va acercando poco a poco al estrado desde donde Ribeyro no lo veía por hallarse concentrado en sus papeles, hasta que llegó a colocarse en frente suyo y cuando yo me esperaba lo peor, una agresión, un asesinato, veo que Julio Ramón alza los ojos y se queda mirándolo perplejo hasta que el otro le dice una palabra que era una clave secreta entre los dos, *Mabillon*, que es el nombre de una estación de metro en el Barrio Latino de París donde solían encontrarse, y sólo en ese momento Ribeyro logra salir de su asombro y le dice «Torroba» a lo que el otro respondió «Julio Ramón, te quiero». Luego Julio Ramón se dirigió al público para explicar este extraño encuentro a través de la lectura de su cuento «La última nevada», que era el texto inédito que se disponía a leer esa noche y en el cual narraba la relación de amistad

que había sostenido con un poeta bohemio, loco y perdulario en París, que no era otro que ese mismo Torroba que ahora se encontraba internado en un hospital psiquiátrico de Madrid, y que al enterarse de que su amigo iba a estar leyendo en la Casa de América había pedido permiso a los médicos para ir a saludarlo.

—*Ya que estamos en Huelva, donde resulta inevitable hablar del descubrimiento de América, me gustaría que me contara cómo nace un cuento suyo del libro La felicidad ja ja, que se titula precisamente así «El descubrimiento de América», y cómo nace la idea de jugar precisamente con la doble acepción que tiene la palabra América como continente y como nombre de mujer.*

—Bueno, mujeres que se llaman América hay muchas en el Perú y algunas de ellas son de origen italiano, como la protagonista del cuento, pero lo esencial de este relato es que se trata de un texto totalmente paródico y humorístico de los sueños de la clase media peruana sin dejar de ser por eso un texto de una gran ternura y timidez que narra la historia de un hombre desposeído que descubre a América, una muchacha de gran belleza y para conquistarla no se le ocurre otra cosa que tejer toda una red de mentiras, escayolándose incluso un brazo para aparecer como todo lo contrario de lo que es, un joven de clase media que no puede dar a América todo lo que ella sueña poseer, un coche de lujo y una mansión donde lucir su belleza.

—*Usted ha declarado que resulta imposible actualmente enseñar literatura sin conocer el cine ¿podría decirnos qué influencia tiene el cine en su obra?*

—Creo que ningún escritor latinoamericano puede prescindir del cine, todos tenemos la influencia del cine en nuestra obra porque hemos sido educados en la cultura del cine, es decir dentro de lo que en Hollywood se conoció como el *star system*. Sin embargo en el Perú, yo no iba a ver una película de Elia Kazan, Vincent Minnelli o Billy Wilder sino una de Jack Lemmon, Kirk Douglas, Marilyn Monroe o Marlon Brando, y cuando llegué a París y empecé a ir a la cinemateca me di cuenta de que las películas eran de los directores y no de los actores, como yo creía. Nosotros en el Perú pagábamos por ver a los actores, por parecernos a ellos. Por eso decía con gran ironía el actor Robert Mitchum, al que hicieron un homenaje en el festival de cine de San Sebastián y se rió de los actores verdaderos porque ellos eran por su cara, por su manera de caminar, por lo matones que eran

y dijo ahora a uno le enseñan a ser más alto, hasta eso se lo enseñan, pero ellos no necesitaban nada porque estaban preparados. La introducción del cine en la literatura latinoamericana es la otra gran aportación de Manuel Puig, lo que ha influido de manera notable en los autores posteriores.

*—En 1999 regresa al Perú para vivir allí. Quisiéramos que nos hablara de este reencuentro con su país y si piensa establecerse definitivamente allí.*

—A nivel literario mi reencuentro con el Perú ha sido formidable, pues lo primero que hago cuando llego a un país, es tratar de ponerme al día con su literatura. En estos años he conocido la obra de muchos escritores de los que ni siquiera había oído hablar o de otros que estaban produciendo su primer libro, y me leí «todo», lo que me permite creer en la muy buena salud no sólo de la literatura peruana sino en general de la joven literatura latinoamericana. Entre los autores peruanos que descubrí podría citar a Giovanna Porarollo que ha pasado muy felizmente de la poesía, sin abandonar este género, al cuento, a Iván Tais que ya tiene cuatro o cinco novelas extraordinarias, y ahora acabo de leer una novela muy original de un joven escritor llamado Santiago Prado. Quedarme definitivamente en el Perú es algo que no he considerado nunca, ya que pienso que comprarse un pedazo de tierra y no moverse más es la definición del cementerio.



Monumento a las víctimas del *Maine*. La Habana